Decimos que el Adviento solo es para quienes buscan humildemente con los brazos abiertos.

Si intentamos representar la espiritualidad del Adviento con una imagen plástica, podríamos imaginar una escena algo extraña: un caminante decidido, con los brazos abiertos, la mirada puesta en el horizonte, donde se dibuja un espacio de luz, cuyo único acceso es una pequeña puerta, casi imperceptible en comparación con la inmensidad del resplandor que inunda todo.

Esta escena nos invitaría a vivir tres actitudes esenciales: caminar con esfuerzo y voluntad, abrir los brazos acogedores y agradecidos y agachar la cabeza haciéndonos pequeños.

La celebración del Año Santo de la Misericordia ha puesto el símbolo de la puerta ante la mirada de todos. La contemplación de la puerta nos permite hacer una oportuna y rica oración en la víspera de la Navidad.

Los emperadores romanos construían puertas y arcos triunfales por donde los vencedores de batallas penetraban en la ciudad aclamados por las masas. Los estados hoy ponen vallas y puertas controladas para regular o impedir el flujo de inmigrantes. Los edificios y las casas blindan sus puertas para evitar que entren los ladrones. Pero colegios e instituciones celebran “el día de puertas abiertas”; y los comercios anuncian la apertura de puertas cuando llegan las rebajas…

Jesús nos decía que cuando oremos hemos de entrar en la habitación, cerrar la puerta y hablar con el Padre Dios, que ve en lo secreto (Mt 6,6). Y también que la puerta de entrada al Reino de Dios es estrecha (Mt 7,13), pero se le abrirá a todo el que llame confiadamente (Mt 7,7). Y que aquellas vírgenes insensatas, cuando se despertaron y quisieron entrar, hallaron la puerta ya cerrada (Mt 25,10). Que los hipócritas cierran a los demás la puerta del Reino de Dios (Mt 23,13) i que el rico olvida que el pobre yace al pie de su puerta cerrada (Lc 16,20). Pero también dijo que Él era la puerta y que todo el que quiera entrar ha de ir por Él (Jn 10,1.7). Y cuando los discípulos se escondieron y cerraron las puertas, por miedo a los que habían matado a Jesús, el Resucitado se presentó en medio de ellos, demostrando que para Él no hay puerta cerrada que valga (Jn 20,19). Y en el libro del Apocalipsis se dice a la Iglesia de Filadelfia que delante de ella hay una puerta que nadie cerrará (Ap 3,8) y a la Iglesia de Laodicea que Jesús está llamando a su puerta esperando ser invitado… y que la ciudad soñada tiene puertas abiertas a los cuatro puntos del horizonte (Ap 21,13).

La primera vez que entré en la basílica de la Natividad de Belén me conmovió comprobar la puerta minúscula por la que todos debíamos pasar. Una puerta que no resistiría la aprobación de las

normas elementales de seguridad. Instintivamente recordé aquel pensamiento de San Agustín que presentaba a María como el seno humilde de toda humildad. Aquella puerta era la Virgen María, “la joven sierva, virgen y madre, en la que el Verbo tomó forma de esclavo, se despojó de sus riquezas y nos enriqueció”. (Sobre el Salmo 101,1)

María es la puerta humilde de toda humildad. La inefable humildad del Verbo de Dios que entró en este mundo, se inclinó y se anonadó para asumir nuestra bajeza; y la humildad que todos hemos de vivir para entrar en el gran misterio de luz y gozar de él plenamente. No es fácil entenderlo, pero si no lo vivimos, la Navidad será un mero pasatiempo.

† Agustí Cortés Soriano

Obispo de Sant Feliu de Llobregat